



DORAYAKI

CHAI EDITORA

Durian Sukegawa

DORAYAKI

Traducción de AMALIA SATO

Sukegawa, Durian

Este libro fue publicado por primera vez en 2013 por Poplar Publishing Co., Ltd.

Una edición revisada fue publicado por primera vez en 2015 por Poplar Publishing Co., Ltd.

La traducción al español se realizó con el acuerdo de Poplar Publishing Co., Ltd. a través de Japan UNI Agency, Inc., y Vicki Satlow of The Agency SRL.

Título original: *An*

© Del texto, Durian Sukegawa, 2013, 2015

© De esta edición, Chai Editora, 2024

© De la traducción, Amalia Sato, 2024

Diseño de tapa
Ese Estudio

Foto de tapa
Gabriela Brewer

Revisión y corrección de la traducción
Soledad Urquia

Corrección
Anna Ferrer

Diseño de colección, web e identidad
Lamas Burgariotti

Primera edición
Enero 2024

ISBN: 978-84-127636-2-1

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina

www.chaieditora.com



1

Una brisa dulce soplaba a lo largo del callejón de los cerezos.

Sentaro estaba atento a la plancha de hierro preparando *dorayakis* como todos los días. La tienda Doraharu se ubicaba al final de un callejón, en una zona comercial muy concurrida que llamaba más la atención por la cantidad de locales con persianas bajadas que por los *sakuras* plantados por aquí y por allá. Pero ese día, quizá porque los árboles estaban en plena floración, había más gente de lo habitual.

Una anciana estaba de pie a un lado de la calle. Sentaro la miró y hundió una vez más los ojos en el cuenco en el que preparaba una mezcla. Supuso que la mujer estaba ahí entregada a la contemplación de las copas de los *sakuras* porque justo delante de la tienda había uno lleno de flores: era una constelación de pequeñas nubes en ebullición. Pero cuando volvió a levantar la vista, la mujer, que llevaba un sombrero blanco, todavía seguía allí, y no observaba al *sakura* sino que parecía estudiarlo a él. La saludó discretamente inclinando la cabeza. Entonces ella, con una sonrisa segura, se acercó despacio pero con paso firme.

A Sentaro le resultó conocida. Hacía unos días había comprado un *dorayaki*.

—Esto —la anciana señaló con un dedo torcido el papel pegado en la puerta de cristal—. De verdad, ¿la edad no importa?

Sentaro dejó de mover la mano con la que sostenía una espátula de goma.

—¿Lo pregunta por un nieto?

Ella parpadeó varias veces con un solo ojo. Se levantó viento y el *sakura* tembló. Unos pétalos rosas volaron hasta la plancha de hierro.

—Bueno... —ella inclinó el cuerpo hacia adelante—. ¿Podría postularme?

—¿Cómo? —dijo Sentaro.

La anciana señaló su nariz con el dedo índice para subrayar que ella era la interesada.

—Siempre he querido un trabajo como este —dijo al final.

Él no pudo reprimir su descortesía y soltó una carcajada.

—¿Y cuántos años tiene, si se puede saber?

—Setenta y seis recién cumplidos.

¿De qué manera podía rechazarla sin ofenderla? Mientras buscaba las palabras, movía en círculos la espátula de goma dentro del cuenco.

—Es que es muy poco dinero, son solo seiscientos yenes.

—Perdón, ¿cómo ha dicho? —la mujer rodeó su oreja con una mano.

Sentaro inclinó su cuerpo hacia adelante de la misma manera en que se aproximaba a los niños o a los ancianos para entregarles los pasteles *dorayaki*.

—Pagamos muy poco la hora. Nos gustaría contar con ayuda pero para esta búsqueda y por su edad...

—Ah, si es por eso... —un dedo torcido fue señalando cada letra del papel en la puerta—. Me podría pagar la mitad, no hay problema. Trescientos yenes.

—¿Trescientos? —dijo Sentaro y los ojos de la mujer se relajaron bajo su sombrero—. Disculpe pero no me parece razonable. Perdone, sepa comprender.

—Me llamo Yoshii Tokue.

—Ah...

Parecía sorda o quizá no entendía bien las cosas. Sentaro entrecruzó las manos delante del pecho.

—Sepa disculpar.

—Bueno, entonces...

Yoshii Tokue lo miró fijamente por un rato. Sentaro notó la asimetría del cuerpo de la anciana.

—Es bastante esfuerzo físico así que creo que...

Tokue abrió la boca y suspiró. Después, señaló con el dedo a sus espaldas.

—¿Quién plantó este *sakura*?

—¿Perdón?

Ella levantó su cara hacia la copa del árbol.

—Este *sakura* —repitió.

Sentaro miró el cerezo colmado de flores.

—¿Quiere saber quién lo puso ahí? —preguntó él.

—Alguien debe haberlo hecho.

—Perdone pero como no crecí aquí...

Tokue parecía tener mucho para decir pero, al ver que él volvía a coger la espátula para seguir trabajando, dijo que volvería otro día y empezó a caminar en dirección contraria a la estación de tren. Se movía de forma extraña, rígida. Sentaro desvió la mirada y retomó su tarea con la mezcla.

En la tienda Doraharu no había días libres y todas las mañanas se levantaban las persianas unos minutos después de las once. Sentaro se ponía la ropa que usaba para cocinar unas dos horas antes para empezar puntualmente los preparativos para cocinar *dorayakis*. La mayoría de los pasteleros se tomaban más tiempo para hacer la masa pero Sentaro era incapaz de organizarse bien y en Doraharu las cosas se hacían así.

Esa mañana, Sentaro, todavía con sueño, bebió una lata de café y después empujó con los pies una caja de cartón ondulado desde la acera hasta el interior de la cocina. La caja contenía *an*, la pasta de *azuki* industrial que usaba para rellenar sus *dorayaki*. Su antiguo jefe había usado ese tipo de *an* y Sentaro simplemente había seguido haciendo lo mismo. Cada tanto un comerciante le despachaba cinco kilos de pasta importados desde China.

La caja que arrastraba Sentaro por el suelo contenía los potes de plástico con *an* que se mezclarían con los restos del día anterior. No era ilegal reciclar la pasta de esta manera pero tampoco era lo usual en las tiendas de dulces consideradas honradas. En Doraharu confiaban en que si se refrigeraba la pasta durante poco tiempo, ni el aroma ni la calidad se alteraban demasiado.

Así se trabajaba en la tienda, y si bien no iba camino a la bancarrota, tampoco era un negocio próspero. Nunca se vendía lo suficiente como para usar ni la mitad de un recipiente de plástico y lo que quedaba se guardaba en la nevera hasta el día siguiente, cuando se mezclaba con pasta nueva. Después, Sentaro tenía que preparar la masa para las tortitas. Había proveedores

que podrían vendérsela pero era cara y por eso la hacía él mismo. Colocaba todos los ingredientes dentro de un cuenco y los mezclaba. Ponía al fuego una plancha de hierro y, cuando la temperatura era la adecuada, dejaba caer con cuidado una cucharada de la mezcla a la que le daba la forma de *gong*. Cuando las tortitas, pequeñas y esponjosas, adquirían el dorado correcto, las ponía en un recipiente que las mantenía calientes. Para entonces ya era la hora de abrir. Sentaro suspiraba y levantaba la persiana. Nada en su interior lo impulsaba a hacer lo que hacía y la expresión de su cara no cambiaba en lo más mínimo.

Esa tarde, mientras Sentaro estaba en la cocina comiendo un plato que había comprado en el *konbini*, el sombrero blanco apareció al otro lado de la puerta de cristal.

—La anciana —murmuró para sí mismo.

Caminaba hacia él con una gran sonrisa y a Sentaro no le quedó otra opción que ponerse de pie.

—La señora Yoshii, si mal no recuerdo.

—Así es —respondió ella debajo del sombrero.

—¿Qué se le ofrece?

Yoshii Tokue sacó una hoja de papel de su cartera. Estaba escrita con tinta azul, en una caligrafía muy particular: cada trazo parecía danzar dando saltos.

—Así se escribe mi nombre con ideogramas.

—Ah —Sentaro apenas le echó un vistazo—. Disculpe pero no será posible un trabajo a medio tiempo —dijo y rechazó el papel.

—Como ve... mis dedos están un poco enfermos. Así que podría ser menos de lo que hablamos. Con doscientos yenes estaría bien.

—¿A qué se refiere?

—Al pago por hora.

—Es que no es por eso. La tienda ya no está contratando—aclaró.

Entonces, igual que la vez anterior, lo único que ella hizo fue mirarlo fijamente. Él dio un paso atrás y extendió la mano para coger un *dorayaki* de la caja. Lo envolvió para dárselo, quería suavizar la incomodidad del momento.

Como si hubiera adivinado lo que Sentaro estaba pensando, ella preguntó:

—¿El *an* también lo prepara usted?

—Bueno, eso es un asunto confidencial de la tienda —respondió él un poco nervioso. ¿Habría visto algo? Miró hacia atrás para comprobarlo. Sobre la encimera de la cocina, además del plato del *konbini*, había quedado el pote de plástico de *an* con la tapa abierta y una cuchara clavada. Para ocultar la encimera de la vista de Tokue, Sentaro se movió hacia el lado.

—El otro día probé un *dorayaki* de esta tienda, la tortita me pareció bien, pero la pasta *an* un poco...

—¿La pasta *an*?

—No se percibía nada de los sentimientos de la persona que la había preparado.

—¿De verdad? Suena raro... —Sentaro sabía que el *an* de su tienda jamás podría transmitir algo así, pero puso cara de sorpresa, como si ella le estuviera diciendo algo insólito.

—Parecía que le faltaba algo.

—El *an* es un asunto delicado. ¿Usted, señora Yoshii, lo ha preparado alguna vez?

—Desde siempre. Llevo cincuenta años preparando *an*.

A Sentaro casi se le cayó al suelo el pastel que estaba a punto de meter en la bolsa de papel.

—¿Cincuenta años?

—Sí, exactamente medio siglo. El *an* es una cuestión de alma, joven.

—Ah... así que de alma.

En el momento exacto en que le ofrecía el paquete con el *dorayaki*, Sentaro sintió que un viento repentino los envolvía.

—Disculpe, pero nuestra tienda no está contratando.

—¿De verdad?

—Lo siento mucho.

Ella volvió a mirarlo fijamente, enfocando desde un lado y del otro con los ojos desviados. Luego sacó de su cartera un monedero de tela.

—Cortesía de la casa.

—¿Qué dice?

Tokue fue colocando monedas de diez yenes sobre la barra que había al lado de la puerta de cristal. Todos sus dedos estaban un poco torcidos y el pulgar se doblaba hacia el dorso de la mano.

—Con ciento cuarenta yenes está bien, ¿no?

Agarraba las monedas con dificultad y le llevó un tiempo reunir la moneda de cien y las de diez.

—Una cosa más, joven.

—Diga.

—Por favor, pruebe esto.

De su cartera sacó un *tupper* redondo en una bolsa de plástico. Sentaro pudo ver a través de la bolsa que contenía una sustancia negra.

—¿Qué es esto?

Apenas Sentaro cogió el *tupper*, Tokue empezó a alejarse de la tienda

—¿Qué es esto? ¿An?

Se iba con el cuerpo encorvado mientras asentía con la cabeza. Después desapareció en la esquina.

Esa noche Sentaro fue a un restaurante delante de la estación que se especializaba en fideos *soba*. Pidió *sake* caliente, *tempura* y fideos. Mientras comía y tomaba *sake* pensaba en lo que había sucedido durante el día.

Por la tarde, después de que Tokue se marchara, Sentaro tiró el *tupper* a la basura. Sintió un poco de culpa pero quería terminar con el tema. Sin embargo, cada vez que levantaba la tapa del cubo aparecía el recipiente. Al final lo agarró y probó una cucharadita solo para calmar su conciencia. Un único bocado bastó para que exclamara con sorpresa. El *an* de Tokue era completamente diferente a cualquier cosa que hubiera probado. El aroma y el sabor azucarado resonaban en toda su boca. No se podía comparar con el que él compraba en potes de plástico.

“¿Así que cincuenta años...?” pensó. Por un momento volvió a sentir ese sabor que tanto lo había sorprendido horas antes y se llevó a los labios la copita de *sake*. “Empezó a hacerlo antes de que yo naciera”.

Fijó la vista en el menú pegado a la pared del restaurante. Estaba hecho a mano por el dueño. Al ver esas letras escritas con pincel, el recuerdo de su madre volvió a él. “La anciana... ¿mi mamá tendría la misma que ella?”.

Recordó a su mamá, pequeña y con la espalda encorvada, mientras escribía con pincel en papeles de carta extendidos sobre una mesa. Sentaro solía frenar sus recuerdos en este punto. Había decidido no pensar ni en su mamá, que había muerto hacía ya mucho, ni en su papá, de quien no sabía nada hacía diez años.

Pero esa noche no pudo detener sus recuerdos. Resurgieron una y otra vez momentos de la infancia en los que su mamá le enseñaba a escribir.

Sentaro exhaló, el aliento le olía a alcohol. Cuando salió de la cárcel, su mamá ya había muerto. “Uno nunca sabe qué le depara el futuro”, pensó. Al final, nunca llegó a convertirse en escritor como le hubiese gustado. Jamás habría imaginado que durante años, estaría día tras día de pie frente a la plancha de hierro de los *dorayaki*.

Sentaro vertió *sake* en su copita y se lo tomó de un solo trago, como si quisiera limpiar el sabor amargo que se le había acumulado en la boca

La madre que guardaba en su memoria...

La que hablaba de manera suave pero con una especie de ansiedad que no podía controlar. La que discutía ruidosamente con su padre, la que lloraba y gritaba cuando se peleaba con sus familiares. Cuando Sentaro era niño, estos exabruptos le daban miedo. A su madre le encantaba comer cosas dulces, si había *manyu* o un pastel se ponía de buen humor. En esos momentos, Sentaro se sentía tranquilo y pensaba: qué bien estaría que siempre hubiera dulces sobre la mesa. Le encantaba cuando ella le decía “Qué rico, querido Sen” con una sonrisa.

Pensó de nuevo en el *an* tan delicioso de Yoshii Tokue. Trató de imaginar qué cara pondría su mamá al probarlo si todavía viviera. ¿Qué diría?

Un pensamiento llevó a otro. Quizás hubiera más personas a quienes les encantaría la pasta de Tokue. Además, solo le costaría doscientos yenes la hora. ¿Lo habría dicho en serio? Si con eso se conformaba... ¿qué tal si le pedía que lo ayudara un poco?

Sentaro pensó durante un rato en esta posibilidad. No había pegado el cartel ofreciendo un trabajo porque necesitara ayuda

en la tienda. Simplemente quería tener un poco de compañía, los *dorayakis* no eran buenos conversadores. ¿La anciana realmente se conformaría con doscientos yenes?

En su cabeza, nublada por el alcohol, movía las fichas de un ábaco. Si aceptaba la cifra que Yoshii Tokue había propuesto, sería casi como tener una empleada de forma gratuita. Además, tendría esa pasta deliciosa, las ventas incluso podrían aumentar. Si así fuera, terminaría de pagar sus deudas y llegaría finalmente el día de su liberación.

Pero... —Sentaro detuvo en el aire la mano que sostenía la copita de *sake*— no podía evitar sentirse incómodo respecto a sus dedos torcidos. Aparecieron de nuevo en su mente. A los clientes probablemente les llamarían la atención tanto como a él.

Entonces tuvo una idea. ¿Y si le pedía que se ocupara solo de preparar la pasta *an*? Con eso sería suficiente. Mientras tanto él podría aprender los secretos de la preparación. Además, seguro que ella se cansaría y abandonaría pronto.

“No será necesario que aparezca ante los clientes”, pensó. El propietario de la tienda de fideos, que estaba hablando con alguien, se dio la vuelta. Lo miró entrecerrando los ojos como si estuviera adivinando algo recóndito. Sentaro se encogió de hombros:

—Más *sake*, por favor —dijo y alzó su botellita.

